

LA CARIDAD

PAX VOBIS

Semanario Católico con censura eclesiástica

Cartagena 4 de Septiembre de 1915

AÑO XI

No se devuelven los originales

Redacción y Administración: Plaza de los Tres Reyes, número 2

Número suelto cinco céntimos

N.º 572



CUARTO ANIVERSARIO

La Señora

Doña Soledad Serra Valentín de Gal

falleció el 5 de Septiembre de 1911

R. I. P.

La Hora Santa que se ha celebrado esta mañana de ocho a nueve en la capilla de la Santísima Trinidad de Santa María de Gracia, ha sido aplicada en sufragio de su alma

Sus desconsolados Padres y demás familia, ruegan a sus amigos la tengan presente en sus oraciones.

SANTORAL

DOM. 5.—S. Lorenzo Justiniano.

LUN. 6.—S. Eleuterio, ab., S. Eugenio.

MAR. 7.—Ntra Sra. de los Reyes y Santa Regina.

MIÉR. 8.—La Natividad de Ntra Sra., patrona de Málaga.

JUEV. 9.—Sta. María de la Cabeza, S. Doctoreo, mr.

VIER. 10.—San Nicolás de Tolentino, confesor.

SÁB. 11.—Nuestra Señora de las Viñas, patrona de Arenda de Duero.

TESTIMONIOS IRRECUSABLES

Aunque la casi totalidad de los lectores de LA CARIDAD abundarán en el parecer de que la presente conflagración obedece en primer término a hacer despertar del letargo de la indiferencia, incredulidad o inmoralidad en que yacen tantísimos cristianos, y a que resurja el espíritu religioso al choque formidable y cruelísimo de la guerra, es de temer haya algún descontentadizo que no se conforme, y pretenda que los mismos interesados emitan su parecer.

La Sagrada Escritura afirma que basta la declaración de dos o tres testigos fidedignos para comprobar cualquier hecho: vengan, pues, esas firmas autorizadas entre las muchas que pudiéramos aducir. Dejemos la palabra al Cardenal Primado de Bélgica, esa hermana menor que, en frase del abate

Lugán belga y gran escritor, es la hermana menor, pero el miembro de la familia católica, orgullo de ésta, a la cual ha llenado de gloria en todos los órdenes incluso en el económico, social y científico:

«¿No tenemos nada que expiar? dice Mons. Mercier a los belgas, en su famosísima y patriótica Pastoral. Al que ha dado Dios mucho, tiene derecho a pedirle mucho. (Luc. XII-48). ¿Es que el nivel, moral y religioso del país corre parejas con su prosperidad económica? Del descanso dominical, la asistencia a la Misa en días de precepto, el respeto del matrimonio, de las leyes de la modestia, ¿qué hacíais? ¿En qué paraban, aun en las familias cristianas, la sencillez de nuestros padres, el espíritu de penitencia, la confianza en la autoridad legítima?... Nosotros los sacerdotes trabajábamos, sí, rezábamos, sí, también; pero es muy poco. Somos por deber de estado los expiadores públicos de los pecados del mundo.»

«Ah, sí, todos, en ciertos momentos dábamos con el reproche que el Eterno hacía a su pueblo elegido después de la salida de Egipto: «Había cebado a mi pueblo y ha respingado; mis hijos, han sido infieles, me han tratado como sino fuera Dios; yo les trataré como si ya no fueran mi pueblo... Porque no se jacten mis adversarios... sabed que soy Dios y que no hay otro Dios que yo; hago vivir y morir, hie-

ro y curo» (Deuter. XXXII-15 y sig.) Prosigue el Cardenal ponderando los bienes que los presentes males han de acarrear, todo aderezado con sólida doctrina católica y evangélica.

Haremos caso omiso de las enseñanzas que en otras naciones beligerantes podíamos recoger de labios de los Pastores de Israel y de otros escritores que nada tienen de clericales; y que harían a nuestro propósito. Nos permitimos copiar un párrafo de un diario católico de Madrid que no lo creamos ajeno al tema. Habla del resurgimiento de la fe y creencias al brusco empuje de la opresora mano de la tribulación por haber olvidado o prescindiendo de Dios en sus locas aspiraciones y vanos antojos, y añade: «En los unos, en los germanos, la piedad es solidísima y nacional el espíritu religioso, en el gobierno, en los gobernantes, en los gobernados; en los otros, o tenue, como en Italia y Bélgica, o simplemente rituario, como en Rusia e Inglaterra; o sólo perceptible en el sacerdocio católico y su grey mientras el laicismo del Estado y todo lo oficial informa plenamente la vida de Francia, la nación antes cristianísima.»

Y sin embargo: apesar de la religiosidad tradicional de los imperios centrales y de constituir el fundamental resorte de su vida, de sus actos de valor, de abnegación y de esfuerzo de que están haciendo alarde en grado heroico, todavía habría mucho que hablar

en este particular. Pero oigamos otra vez la austera palabra de los Prelados de esos países, inspirada en los actuales angustiosos acontecimientos; tomamos un párrafo de la Pastoral colectiva de los Obispos germanos. «Nosotros no queremos discutir la conciencia de las otras naciones; discutimos apenas la nuestra y nos proponemos la confesión y expiación de nuestros pecados. Los vicios que corren la vida de las naciones entraron también en la nuestra, causando la ruina y provocando la ira de Dios; tales son la incredulidad proclamada en público desde las cátedras y las tribunas, la impureza difundida por la prensa y por el teatro, la profanación de la santidad del matrimonio, y las modas indecorosas importadas por nosotros de fuera y por nosotros aceptadas y toleradas.»

Palabras son estas dignas de aquellos Profetas enviados por Dios a su pueblo para despertarle del sueño del pecado y del olvido de su salvación; y que por cierto encontraron hermoso eco en el corazón del pueblo germánico. Y en Austria también cunde ese bendito fuego sagrado del entusiasmo religioso, hermano y raíz del patriótico: en doquiera se ostente ese resurgimiento, esa valerosa confesión de fe católica que culmina en los campos de batalla al contemplar espectáculos tan conmovedores como ver en marcha hombres robustos, los cuerpos bávaros en marcha hacia el sacrificio tal vez